

viendo la usurpación de los griegos, acudieron á las potencias europeas; pero éstas, revueltas y desconcertadas entonces por Bonaparte, no oyeron las reclamaciones, y los griegos hicieron cuanto se les antojó, tanto que debe mirarse como milagro de la Providencia que los latinos no fueran entonces arrojados del primer santuario del mundo. Poco valió á los Padres el protectorado de Francia, ya que el embajador, que lo era el general Sebastiani, obrando contra las tradiciones de sus antecesores, abandonó por completo sus sagrados é imprescriptibles derechos. Las humeantes ruinas del edificio más venerado del catolicismo fueron abandonadas en manos de un albañil griego que las profanó con restauraciones de mal gusto y destruyó lo que las llamas habían respetado, para gravar inscripciones griegas que fuesen como el sello de su supuesto derecho de propiedad. Las obras se dieron por concluidas en el año 1810. La iglesia actual, reconstruida sobre los fundamentos de la antigua, de la cual quedan varios vestigios, dista mucho de igualarla en belleza pero poco importa la obra del hombre: lo que nosotros debemos buscar es el recuerdo del que llena el mundo con su nombre, y que para expiar culpas de que estaba inocente, se entregó en manos de sus verdugos.

La actual rotonda mide diez y nueve metros y treinta centímetros de diámetro; está rodeada de diez y ocho pilastras que sostienen dos galerías sobrepuestas formada cada una de diez y ocho arcos, y sírvele de bóveda la inmediata cúpula que domina todo el ámbito de Jerusalén. Construyéronla sin duda con tan poca solidez, que en 1852 hallábase en gran deterioro, y diez años después amenazaba con inminente ruina; después de trabajosas negociaciones comenzó su reconstrucción en 1863, habiendo ofrecido aquéllas la particularidad de presentarse el gobierno de Rusia como patrono oficial de la secta griega, representada antes en todas ocasiones por el Patriarca de Constantinopla. La obra fué concluida en 1869 por los esfuerzos mancomunados de Francia, Rusia y Turquía.

No es fácil formarse idea exacta de edificio tan grande como irregular, en el cual se ven como hacinadas construcciones de todos los estilos arquitectónicos y de todos los tiempos. Está situada en la parte de Jerusalén conocida con el nombre de *cuartel de los cristianos*, al Nor-este de la ciudad y en las inmediaciones de la calle que, empezando en la puerta de Damasco, cruza á Jerusalén y termina en la puerta de Sión. Frente á la fachada de la basílica se encuentra una plazuela casi cuadrada, que tendrá unos veinte metros de lado, cercada completamente de edificios, y á la que dan ingreso sólo dos puertas, una al Este

y otra al Oeste. En esta plaza fué quemada viva la venerable terciaria de San Francisco, María de Portugal, y cuartirizado el venerable lego franciscano Cosimo. La fachada de la iglesia es de estilo románico-bizantino; irregular en sumo grado; tiene dos puertas, una de ellas, la derecha, tapiada; dos ventanas ojivales sobre las puertas, y termina con un entablamiento de mal gusto. A mano izquierda, mirando la fachada, se levanta el antiguo campanario, y á mano derecha se ve una pequeña puerta inferior, que da entrada á la capilla de Santa María Egipciaca, y una escalera superior que conduce á la capilla del Pasma. La primera pertenece á los griegos cismáticos, y es tan pequeña, que difícilmente puede contener diez personas. Refiere la tradición que, queriendo entrar cierto día la pecadora María Egipciaca en la iglesia del Calvario, fué rechazada en este sitio por una mano invisible. Reconoció estupefacta cuán indigna era de entrar en tan sagrado recinto; prometió cambiar de vida, é inmediatamente encontró el paso libre para reunirse con los demás fieles que adoraban en el Calvario la Cruz del Salvador.

La capilla del Pasma que está encima, comunica por una reja de hierro con la basílica; pero sólo se puede subir á ella por la escalera anteriormente citada. Como la inferior, es también pequeña; contiene un antiguo altar y hermosos cristales pintados. La mesa del altar está sobre el sitio desde donde, según la tradición, María Santísima y San Juan Evangelista presenciaron con pasmo la crucifixión del Salvador. El cuadro que hay sobre el altar reproduce al óleo esta conmovedora escena. Los edificios que cierran la plazuela, empezando por la capilla de Santa María Egipciaca, para concluir en el lado opuesto junto al viejo campanario, son, por orden de su colocación respectiva, los siguientes: la capilla de los coftos, capilla de los armenios cismáticos, convento griego cismático de San Abraham, cuya iglesia está dedicada á los doce apóstoles y contiene, según tradición muy acreditada, el lugar donde iba á efectuarse el sacrificio de Isaac; convento griego cismático de Getsemaní, y antigua capilla de la Trinidad, perteneciente hoy día á los griegos no unidos, convertida en dos, y dedicadas la primera á Santa María Magdalena y á San Juan, y la segunda á los cuarenta mártires, y, por último, la capilla griega de Santiago. Oportunamente nos ocuparemos de ella.

Entremos ahora en el templo con santo recogimiento. Es imposible describir la sensación que experimenta un alma cristiana al pisar el sagrado umbral de aquella basílica. El corazón, aunque no lo piense, se conmueve, se afecta, se enternece y quiere salirse por los ojos, cuyas

lágrimas fluyen espontáneas, acompañadas de la palpitación y de los profundos suspiros de un pecho herido á la vista de aquel lugar de tan tristes y tan gloriosos recuerdos. La entrada se verifica, como queda dicho, por única puerta, por la situada en el brazo izquierdo del crucero. Entrado en la basílica lo primero que se ve, á mano izquierda, es el diván de los porteros musulmanes que la abren, la cierran, conservan las llaves en su poder y cobran las propinas. Pasan el día sentados sobre sus piernas cruzadas y el turbante puesto, fumando en el *narguilé*, conversando en alta voz, y tomando café, que hacen ellos mismos en unos braserillos. Un alto y oscuro muro, coronado por una balaustrada de piedra, se levanta á la izquierda, é impide ver la capilla del Calvario. Avanzando unos pasos de frente se presenta á la vista la *pedra de la unción*, aquella bendita losa de mármol blanco sobre la cual fué tendido, embalsamado y amortajado el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo para ser sepultado. Esta piedra es un pedazo de la roca del Gólgota, y para preservarla de la devoción indiscreta de los peregrinos, está cubierta por una lámina rectangular, de piedra rojiza del país, que tiene dos metros y setenta centímetros de largo, un metro y treinta centímetros de grueso, sirviéndola de adorno un pomo dorado en cada uno de sus ángulos. Eso mismo hace que uno se postre y la adore con más tierna devoción, recordando allí los llantos de las Marías, los ahogos de San Juan, de Nicodemus, de José Arimatea, y, sobre todo, de la angustiada sin par, de la desolada Madre. ¡Oh Reina de los Mártires! Aquí visteis por última vez el desfigurado cadáver de vuestro dulcísimo Hijo, aquí lavásteis la sangre purísima de sus heridas, aquí besásteis sus sacrosantas llagas, y de aquí, sin ver por donde pasábais, fuisteis acompañando, con la cara y el corazón cubierto de luto, el duelo tiernísimo que os conducía casi muerta al santísimo depósito, al sepulcro... Constantemente arden sobre aquella piedra gloriosa ocho hermosas lámparas, regaladas por un archiduque de Austria. Este santuario pertenece en común á los latinos, griegos, armenios y coftos.

Oigamos y meditemos el relato del Evangelio sobre la escena que nos recuerda este lugar.

Un hombre rico llamado José, de la ciudad de Arimatea, miembro de Sinedrín, se atrevió á presentarse ante el gobernador á título de discípulo, pidiéndole el cuerpo de Jesús para enterrarle. Pilatos le dió aquel permiso, y al momento José se dirigió al Calvario acompañado de Nicodemus, su colega en el gran Consejo, y que, como él había protestado aquella mañana contra la sentencia dada contra Jesús. José había comprado una sábana nueva; Nicodemus llevaba cien libras de mirra y

de bálsamo, y sin temor á las miradas y odio de los judíos, ni á la impureza legal en que incurrian los que tocaban á un cadáver, separaron á Jesucristo de la Cruz. Aquello era una cosa extraña en gentes de tan alta condición, y había allí algo más que una prueba del amor que inspiraba Jesús; si se piensa en la circunstancia en que lo hicieron, no se puede menos de ver en ello un primer milagro de aquel espíritu de fuerza y de luz que el Maestro había anunciado á los que creyeron en él.

La Virgen había permanecido al pié de la Cruz, con Juan, María Magdalena y otros fieles. Según la tradición conservada por los más antiguos intérpretes, Nicodemus separó los clavos, José sostenía el cuerpo, María Magdalena y Juan lloraban, y la Madre de Jesús, sin lágrimas, ofrecía á Dios lo que había exigido su justicia, sin que aquel sacrificio excediera á su amor. Ella recibió, á medida que se separaban, los clavos teñidos en la sangre de su Hijo, estechándole en su seno virginal que le había concebido. Nuevamente María Magdalena bañó con sus lágrimas aquellas plantas divinas que le habían dado su salvación; nuevamente Juan colocó la cabeza sobre aquel pecho que había ya tocado, y del que su inteligencia y su corazón sacaron todo lo que un hombre puede saber de los secretos de Dios.

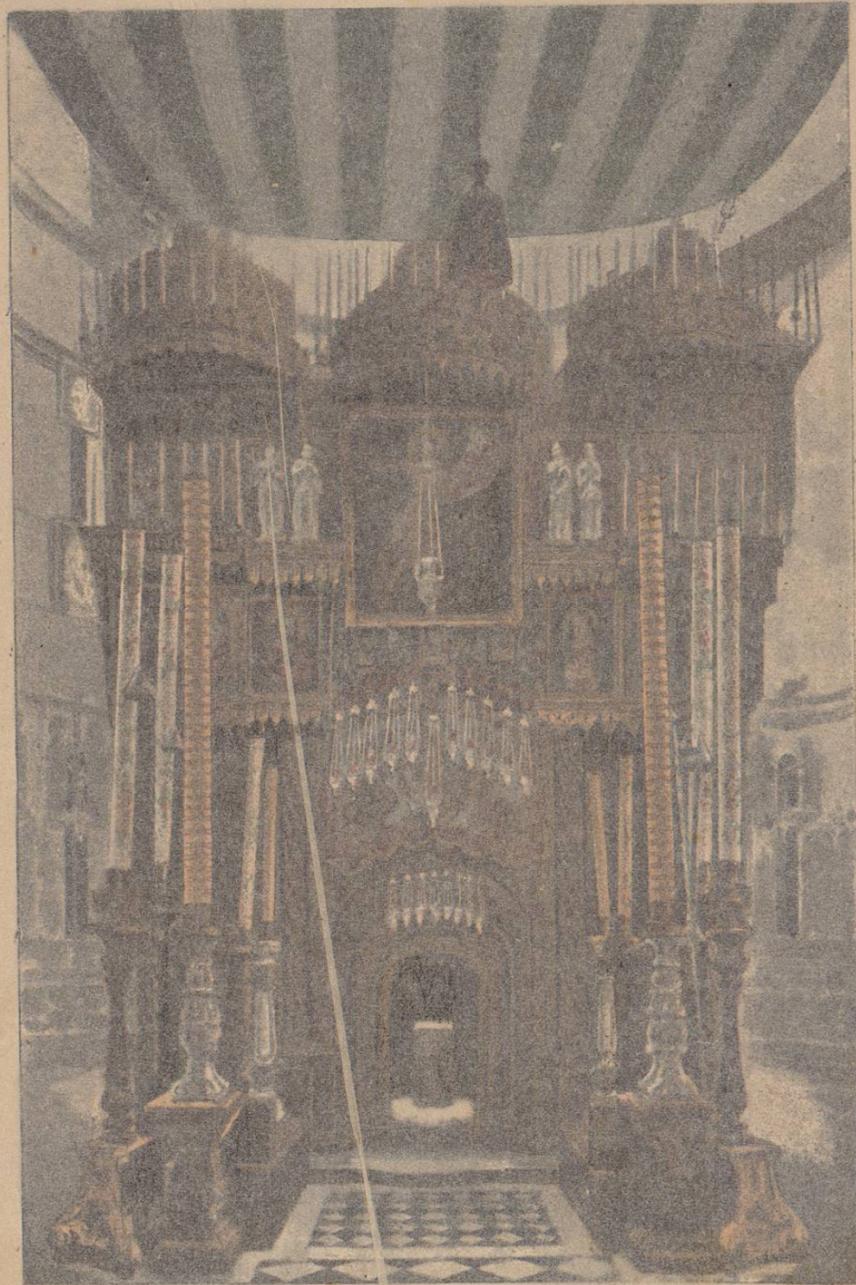
Después de la lanzada que hizo correr la sangre y el agua, todos aquellos que tocan el cuerpo del Salvador pertenecen á la Iglesia. Los enemigos se han retirado; sólo la Iglesia se halla presente con María á la cabeza, y sólo ella se apropia el cuerpo de Jesús para reproducirlo por la consagración Eucarística y para conservarlo siempre. José y Nicodemus procedieron después á sepultar el cuerpo, según el uso de los judíos; ungiéronle con perfumes, ligáronle estrechamente con las vendas que habían llevado, y cubrieron su rostro con el sudario. Esta solicitud que manifiesta su piedad, manifiesta también que no se acordaron de las promesas de la Resurrección, ó que no las habían entendido en su sentido natural. Así lo permitió Dios para que se fundara más y más sólidamente contra las negaciones futuras, la realidad de su muerte y la realidad de su Resurrección. Como aquellos que le han dilacerado, los fieles le palpan con sus propias manos; ven la frente desgarrada por las espinas, las señales y las cicatrices profundas, la ancha herida del corazón; ven sus ojos apagados, la frialdad y la insensibilidad del cadáver, la realidad de la vida y la realidad de la muerte. Y debe añadirse que si Jesús no hubiese sucumbido con los tormentos de la pasión y de la Cruz, sus mismos discípulos le hubieran matado al sepultarle. Así, pues, cuando atestiguan á costa de su vida, que Jesús murió y resucitó, son dignos de toda fe porque le vieron y le tocaron

cadáver, y porque hasta tanto que no le hubieron visto y tocado lleno de vida, no hubo en ellos fe ninguna en cuanto á la Resurrección. Después del *consumatum est* el amor quedó, pero la fe se apagó por completo, y esto es lo que la Iglesia expresa por el Viernes Santo cuando apaga sucesivamente todos los cirios excepto uno, que representa á María. La fe no podía perecer en el corazón de María; pero la angusta confidente guardaba el secreto divino, que era para ella á un tiempo mismo un tesoro de fe y un abismo de dolor.

Con estos pensamientos, arrasados de lágrimas nuestros ojos, confundidos de dolor, llenos de esperanza nuestros corazones, henchidas de fe nuestras almas, pisando, ¡qué decimos! besando aquel bendito suelo pisado por las divinas plantas, regado por aquella sangre purísima que los mismos ángeles del cielo adoran, caminemos los veinticinco pasos que hay desde esa santa lápida, la *Piedra de la Unción*, hasta la tumba del Vencedor de la muerte, colocada en el centro debajo de la gran cúpula.

Antes de entrar en aquella peña vaciada que tiene ese sepulcro vacío, por más ansias que se tenga de verlo, es preciso detenerse un momento, concentrar el espíritu y recoger algo las ideas, cuya aglomeración perjudicaría el fruto de tan dichosa visita. Tampoco es regular que uno entre repentinamente en aquella roca adorable: arrodillanse á su vista todos los peregrinos, besan el suelo, se humedecen con sus lágrimas, muchos se quitan el calzado, y levantándose con santo pavor, van entrando reverentes en la Capilla del Angel, y aquí, donde le vieron las Marias cuando les dijo: *Resurrexit, non est hic*, se vuelven á arrodillar, ya para avivar su fe, ya para desprender su corazón de todo afecto terreno, acordándose que van á pisar un lugar más santo que el que pisara Moisés al acercarse á la inflamada zarza del Oreb... *Mortuus, et sepultus, tertia die resurrexit á mortuis*. ¡Oh, y cuán dulce es pronunciar allí mismo esos artículos! El alma se queda embargada y el cuerpo se olvida que es de carne. La gracia de la Redención parece que se siente allí más íntima y más viva, que el contacto de aquella losa enardece el corazón, y que sale de aquel hueco la voz del grande Apóstol: «Si habéis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios Padre: Saboraos en las cosas del cielo, no en las de la tierra. *Sursum quærite, quæ sursum sunt sapite*».

Pilatos, que se había visto, con sumo disgusto, obligado á tomar en todo el negocio de la crucifixión de Jesucristo y, que de cualquiera manera, no quería meterse en ello á los que le dijeron: «Señor, nos



A. Serñá, Dib.

EL SANTO SEPULCRO

V. Labiella Sc.

Salvador Ribas, Editor.